



Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://hse.hipatiapress.com>

Conocer el Odio: hacia una Interpretación de la Narrativa de Pandillas Salvadoreñas

Mario Zúñiga Núñez¹

1) Escuela de Antropología, Universidad de Costa Rica.

Date of publication: February 23th, 2013

To cite this article: Zúñiga, M. (2013). Conocer el Odio: hacia una Interpretación de la Narrativa de Pandillas Salvadoreñas. *Social and Education History*, 2(1), 23-46. doi: 10.4471/hse.2013.02

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/hse.2013.02>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to Creative Commons Non-Commercial and Non-Derivative License.

Knowing Hate: Towards an Interpretation of the Salvadoran Gangs Narrative

Mario Zúñiga Núñez

Anthropology School. University of Costa Rica

Abstract

This article presents the partial findings of research done between 2007 and 2012, with the objective of understanding how the gangs or maras Salvatrucha and 18st interact with the salvadoran society. To achieve this we put forward an explanation about the origins of the dichotomic confrontation experienced within the gangs, making use of interpretations of three people's childhood stories, that belong to the same generation of salvadorans affected by the Civil War (1980-1992). Our hope is that the analysis shows the forms in which the social collective's historical realities impact and mold their subjectivity.

Keywords: gangs, violence, salvadoran society, family, life stories.

Conocer el Odio: hacia una Interpretación de la Narrativa de Pandillas Salvadoreñas

Mario Zúñiga Núñez

Escuela de Antropología. Universidad de Costa Rica

Resumen

Este texto presenta resultados parciales de una investigación realizada entre 2007 y 2012 que tuvo como objetivo entender la interacción de las pandillas Mara Salvatrucha y Barrio 18St con la sociedad salvadoreña. Para ello se intenta una explicación acerca del origen del enfrentamiento dicotómico que se vive entre las pandillas, echando mano de la interpretación de narraciones de niñez de tres personas pertenecientes a una misma generación de salvadoreños/as marcados por la guerra civil (1980-1992). Se espera que el análisis muestre las formas en las cuales las realidades históricas del colectivo social impactan y moldean la subjetividad.

Palabras claves: pandillas, violencia, sociedad salvadoreña, familia, historias de vida.

La pregunta que guía estas reflexiones sobre las historias de vida de pandilleros y pandilleras es ¿cómo se observa la sociedad salvadoreña desde el punto de vista de quienes se organizan en estas agrupaciones?. En el siguiente artículo se presentará el análisis de las narraciones de niñez de tres personas a las que se llamará Katia, Mauricio y Héctor, que pertenecen o pertenecieron a pandillas y vivían en El Salvador en el momento en el que se recolectaron estos datos (enero y febrero de los años 2007 y 2008). La elección que se ha hecho de poner especial atención al momento de la niñez no es azarosa, como se verá más adelante en este periodo se narran una serie de heridas subjetivas que de alguna u otra forma explican el ingreso a las pandillas. Estas explicaciones dejan en evidencia las principales problemáticas que ha atravesado la sociedad salvadoreña en los últimos años: la guerra civil, la migración hacia EE.UU. y la conformación de pandillas. Las narraciones de la niñez de estas personas permiten ver estos procesos desde el punto de vista de la constitución de la subjetividad y en especial otorgan elementos para pensar en los antecedentes a la vida de pandillas.

Katia, dijo en su testimonio que en la medida en la que su niñez avanzaba, se deterioraba la relación con su familia nuclear y comenzaba a “conocer el odio”. Así como el relato de Katia, el de Mauricio y Héctor hablan de un deterioro o una ruptura abrupta de su vínculo familiar primario, que narrativamente se convierte en lo que posibilita la entrada a la pandilla. Cuando se revisaron testimonios de otros pandilleros/as entrevistados/as en esta y otras investigaciones se descubrió una estructura similar: 1) deterioro en el vínculo familiar 2) crisis en la relación con los padres y 3) entrada a la pandilla (MOJE, 1999, pp. 22-27; Alarcón, 2008, p. 40; Carranza y Castro, 2001, p. 325; Cerbino, 2004, pp. 56-57; Duschatzky y Corea, 2005, p. 158; Perea, 2007, p. 39)¹; lo cual evidencia que las pandillas pertenecen a un universo cultural con una narrativa propia. El análisis de relatos de niñez puede llevar a formular hipótesis sólidas sobre una de las preguntas que arrojan las pandillas a los científicos sociales: ¿qué posibilita -justifica, fundamenta- las dinámicas de eliminación mutua entre estos grupos? Es decir, si bien es cierto que las dinámicas de agresión entre pandillas tienen a la autojustificación –en la medida en que cada asesinato, golpiza, etc., de un rival justifica su venganza-, este

círculo reproductivo no excluye la posibilidad de que la serie consecutiva de venganzas pueda tener un “origen”. En este texto se discutirá que ese “origen” no ocurre en la adolescencia, sino en la niñez donde se genera una carga de odio y resentimiento suficiente como para justificar la violencia posterior.

El texto se dividirá en cuatro secciones: en primer lugar se hace una pequeña reseña de las personas entrevistadas y de su interconexión generacional; el segundo apartado explora la ruptura de vínculos de la niñez y a las heridas subjetivas que estos provocan, el tercer acápite hace referencia la polarización de la identidad narrada en las historias de vida y cómo esta hace posible la división dicotómica y tajante entre pandillas; el texto cierra con una serie de conclusiones.

¿Quiénes nos interpelan?

Un elemento que se debe tener en cuenta es que las tres personas que analizaremos tenían al momento de la entrevista alrededor de 35 años y ello les hace integrantes de la misma “generación” en el sentido que lo expresan Margulis y Urresti (1996a, p. 18) cuando afirman que el concepto:

... alude a una época en la que cada individuo se socializa [...] cada época tiene su episteme, y las variaciones epistémicas son percibidas y apropiadas, con toda su intensidad, durante el proceso de socialización, por los nuevos cambios que va incorporando la sociedad (Al respecto ver también Feixa, 1999, p. 88).

Con eso se quiere decir que Katia, Mauricio y Héctor son parte de un grupo de personas que al compartir un momento etario hacen una síntesis propia del entorno con rasgos culturales característicos. Tres elementos destacan en la vivencia de esta generación de salvadoreños/as: en primer lugar, fueron niños/as durante la guerra civil (“niños de la guerra” como lo ha tematizado Martín-Baró, 2000); en segundo lugar, son parte de la generación que vivió el éxodo de emigrantes hacia los EE.UU. como saldo del conflicto armado y de la precarización de la economía en los años 90 (PNUD, 2005; Savenije,

2009), lo que hace prever que habrá en estos relatos escenas de desgarramiento del tejido social; en tercer lugar, es, por supuesto, la generación que protagonizó el inicio del fenómeno de la popularización de la Mara Salvatrucha y la Barrio 18 en El Salvador, lo que implica la compleja dinámica de la deportación y la transformación de las pequeñas pandillas salvadoreñas en los dos grandes colectivos mayoritarios (Cruz, 2005; Dunn, 2007; Garland, 2009; Moore y Howell, 2010; Lara, 2006). En las narraciones veremos estos tres procesos desde el punto de vista de la elaboración subjetiva y generacional, es decir, desde la construcción de un propio pasado, presente y futuro, tal como lo expresa Hinkelammert (2007, p. 18):

Cada generación hace su presente. Viendo desde su presente, tiene su propio futuro y su propio pasado. Como cada presente tiene su propia historia, también tiene su propio pasado. Al cambiar con el presente el futuro, cambia igualmente el pasado. No solamente cada generación escribe su propia historia, tiene también su propio pasado. Precisamente por eso tiene su propio futuro.

Como es de esperar, en aras de la protección de los entrevistados, se ha eliminado de los relatos cualquier dato que hiciera posible su localización (lugar de residencia o trabajo, nombres, lugares que frecuentan, etc.) o que fuese comprometedor. Los nombres que se utilizan son ficticios. A continuación se presenta una pequeña referencia a cada uno de ellos.

Katia

Katia contó la historia de su vida en dos sesiones en enero de 2007 y hubo una tercera donde se confirmaron algunas narraciones en noviembre de 2008. Según relata, nació en un barrio periférico de San Salvador (ha vivido toda su vida allí salvo un corto periodo). Tuvo una niñez en la que constantemente salía y entraba de la pobreza, este hecho dependía de si su madre estaba acompañada o no de algún hombre que apoyara el sustento del hogar. Tuvo algún periodo de estabilidad económica cuando su madre convivió con un militar que posteriormente se dedicó al contrabando de mercancías, él terminaría en la cárcel por

este delito y allí lo asesinaron. Su padre biológico, a quien no había conocido, apareció en esta etapa y su madre la forzaba a ir a su casa para que le diera dinero. Esto provocó un intenso desgaste de la relación con su papá y su mamá que le indujo a una crisis que Katia narra primero como adicción a las drogas y posteriormente con el ingreso de la pandilla. Según cuenta, Katia conoció las pandillas porque varias compañeras que estudiaban con ella conocían o pertenecían a pandillas, y también porque junto con otros compañeros participaba en los enfrentamientos violentos entre estudiantes de secundaria (llamados en El Salvador enfrentamientos entre “Técnicos” y “Nacionales”) que se realizaban en el Parque Libertad. Finalmente, luego de conocer varios pandilleros, ingresó a “la 18” a la edad de 13 o 14 años. Este es un momento importante del relato, cuando ocurre su “brinco” (ritual del ingreso a la pandilla) y luego cuando se une a un grupo compuesto por decenas de pandilleros que vivían en un lote abandonado de la ciudad y para sobrevivir pedían monedas en las calles.

Quedó embarazada a los 15 años de otro pandillero con quien sostuvo una intensa relación de pareja, ella como ama de casa, cuidando de la niña y él trayendo el sustento al hogar. Producto de esta relación Katia tuvo una segunda hija a los 19 años. La casa se mantenía con dinero propio de negocios ilícitos en los que participaba su pareja. Producto de esta dinámica delictiva él ingresó a la cárcel condenado a varios años. Ello obligó a Katia a trabajar por cuenta propia en un mercado. Mientras descotaba estos años de cárcel su compañero fue brutalmente asesinado por un sector de internos —no pertenecientes a pandillas— en una masacre que se suscitó en lo interno del penal. Cuando se le tomó la entrevista Katia contaba con un poco más de 30 años.

Héctor

Cuando entrevisté a Héctor era miembro activo de la Mara Salvatrucha 13 (o MS13) desde la adolescencia. Tuve contacto con él el 2 y el 5 de febrero de 2008. Nació en San Salvador y vivió allí un tiempo pero luego su familia se trasladó a una periferia semi-rural, donde viviría con alguna holgura económica. Según su relato, en su niñez perdió contacto con sus padres luego de que el Ejército Salvadoreño arrasara con la comunidad en la que vivía, lo cual lo motivó a integrar las filas de la

entonces guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Como miembro de esta agrupación guerrillera, fue seleccionado para infiltrar las Fuerzas Armadas cuando todavía no contaba con catorce años, ingresó exitosamente pero fue descubierto, entonces sufrió tortura y encierro hasta que pudo escapar hacia Guatemala. Allí pidió asilo en la embajada de los EE.UU., país donde se refugió. Fue en Los Ángeles donde conoció a sus primeros “home boys” y fue parte de los primeros integrantes de la Mara Salvatrucha. En una de sus actividades con la pandilla fue arrestado luego de una pelea callejera. Por ese motivo ingresó al sistema carcelario de los EE.UU. donde permaneció varios años. Luego lo deportaron hacia El Salvador. Según dice nunca tuvo una esposa ni se acompañó con ninguna mujer, tiene una hija de unos 20 años que engendró antes de salir de El Salvador. Hoy tiene alrededor 40 años.

Mauricio

Mauricio fue parte de una pandilla de Los Ángeles, relató su vida el 8 de febrero de 2008 en una larga sesión de entrevista que se retomó el 11 de noviembre de 2008. Nació en San Salvador y vivió allí hasta los 8 años de edad junto con su madre, siendo él, el segundo de tres hermanos. No conocería a su padre hasta tiempo después. Fue trasladado por su familia materna de El Salvador hacia Los Ángeles a una edad muy temprana porque el compañero de su mamá fue asesinado en el contexto de la guerra civil. Llegando al país del norte, su tía le encargó su crianza a su padre biológico a quien no había conocido hasta ese momento. Un par de años después de su llegada a EE.UU. le alcanzó su madre, con quien volvió a convivir a partir de ese momento. Tiempo después (tal vez cuando tenía 12 o 13 años) se unió a la pandilla pese al airado reclamo de su madre. Al final de la adolescencia, tuvo una hija y comenzó a vivir con la mujer pandillera que era su novia en ese momento. Por un tiempo vivió bajo el techo de sus suegros gestando una nueva familia y siguió asistiendo con cierta regularidad a las actividades de su clica (unidad geográfica básica de las pandillas), cayó preso en dos ocasiones que en el relato de su vida coinciden con el nacimiento y embarazo de sus dos hijas. Luego de descontar algún tiempo en prisión en EE.UU. fue deportado a El Salvador. Allí llegó

entrado en los 20 años y se acompañó con otra mujer con la que ha tenido tres hijos. En la actualidad ronda los 40 años.

Desgarre en los vínculos de la niñez

Las tres narraciones comienzan por recordar un primer momento de la niñez en presencia de familiares o amigos, carente de los serios conflictos. Héctor narra un paraje rural idílico donde resalta la exhuberancia de la naturaleza y la gran cantidad de animales (utiliza el recurso de recordar incluso el número de gallinas, patos, y otros animales domésticos que tenía); Katia por su parte deja en claro que si bien desde un inicio su familia estuvo “desintegrada” la estaba en el “pasaje” donde jugaba a la maestra con sus vecinos le recuerda mucha cercanía y contención; Mauricio, tal vez el más escueto en este punto, recuerda los juegos con sus amigos y la ausencia de su mamá (dice en varias ocasiones “ella siempre trabajando”).

Más tarde o más temprano estas evocaciones de alegría comienzan a sufrir trastoques, que refieren a deterioros progresivos de la relación con las figuras materna y paterna. En el caso de Katia que vive un progresivo deterioro de la relación con su mamá y su hermano mayor, que en el relato está vinculado directamente con su consumo de drogas y la unión a la pandilla:

Y yo me escapé y me fui para la casa, yo me escapé, sola me escapé, yo agarré valor y me fui para mi casa, te digo fue bien duro porque nunca había convivido yo con... el otro hijo de mi mamá, fue allí donde empezó el odio porque él se aprovechaba porque él era el hijo consentido [...] me tenía envidia porque mi mamá ya no lo iba a querer a él, o sea, los dos nos pelábamos aquel amor de la mamá. Entonces allí empezó el problema, él empezó a involucrarse con estas pandillas, allí en esa pandilla de mi colonia se llamaba [nombre de la colonia] porque así se llama la colonia, entonces él se empezó a involucrar con estos muchachos y empezamos a tener problemas, él me pegaba, mi mamá no me creía que él me había pegado (Katia).

Mauricio y Héctor por su parte narran rupturas abruptas con la familia biológica. El primero cuando salió del país después del asesinato del compañero de su madre:

Yo iba a la escuela, en la escuela hasta como a los 8 años es cuando nos fuimos nosotros, nos fuimos para Estados Unidos, antes de eso, mi mamá se había acompañado con un señor, y a él lo mataron cuando ya empezaba ya la guerra, empezó la guerra aquí también, y también tuvo otra niña tuvo mi mamá también, y yo después lo que me acuerdo cuando tenía 8 años, como mataron al ... digamos esposo de ella, todas mis tías por parte de mi mamá se preocuparon, como ya empezaba algo feito aquí de la guerra

[...] me costó cuando llegamos allá [a Estados Unidos], me costó acostumbrarme porque yo siempre había estado con mi mamá, ya después con mis tías, primos, ya después allá cuando llegamos a la casa de mi tía me salieron a mí que yo me iba a separar con mi hermana, que mi hermana se iba a quedar con mi tía y yo con mi papá, pero como yo nunca conocí a mi papá hasta que llegué hasta allá. [...] Me sentí algo, digamos como triste, porque yo siempre con ella y ya después iba separarme, no estaba acostumbrado a eso, pero si, después me tuve que acostumbrar verdad (Mauricio).

En el caso de Héctor luego de la masacre del pueblo donde vivía el paisaje otrora idílico:

...mira yo ingresé a la guerrilla a los diez años, cuando a huevo pues me hicieron guerrillero, porque llegaron [los soldados] barriendo todo [matando a todos] Porque hicieron un desmadre [desorden], en ese tiempo solo estaba yo, mi hermano y mi hermana en la casa, mis papás andaban por el mercado estaban trabajando. Puta y cuando vengo venían matando todos los de allí loco, pero dando corte parejo [expresión popular: repartir en partes iguales], todas las casas corte parejo. El dicho era muerto el perro se acabó la rabia², y corrimos nosotros porque de ahí teníamos la casa como a casi medio kilómetro quizás, si, estaba retirada, era un valle, entonces corrimos de allí llegaron a donde otros vecinos de nosotros agarraron al señor, a la señora, los hijos pa' bajo [les mataron], ya la señora como de unos 75, 80 años, morritos[niños] como de unos 15 años pa' bajo también, todo muerto el perro se acabó la rabia decía el dicho, allí

venían barriendo. [¿Quiénes venían barriendo?] El Ejército y en ese operativo mataron a mi cuñado y a mi hermano...

Yo, nosotros, toda la gente del valle nos internamos en el monte, todos tuvimos que correr pa'l monte, a los 15 días que salimos huy la casa de nosotros toda balaceada, la puerta toda abierta balaceada, la ropa de nosotros llena de sangre, no había ningún animal, todo estaba desierto ya, ni el perro ni el gato, desierto desierto³. Y la matanza que había por todos lados, entonces nosotros tuvimos que salir así como andábamos” (Héctor).

De una u otra manera las tres narraciones nos hablan del dolor –físico y emocional- que implicaron estas separaciones. Katia dice que cuando salió del pasaje conoció el odio; Héctor narra el desierto y luego de ello la unión a la guerrilla; Mauricio hace referencia a la ruptura que experimentó cuando lo encomendaron a su papá llegando a los EE.UU., una persona que él no conocía. Estas separaciones evidencian un desgarrar de los vínculos primarios⁴, que se suscita por imprevistos en la relación familiar, Katia no esperaba que su padre llegara ni que trajera a su hermano, Héctor no esperaba la llegada del ejército y Mauricio no esperaba tener que vivir con su padre. En las narraciones, circunstancias apremiantes crean giros de tremenda profundidad que han debido ser procesados por niños y niñas. Es importante recordar que si bien los rigores de la guerra civil son amplios para todos los sectores de la población, los niños y las niñas por su condición de tutelados están en imposibilidad de defenderse –física y psíquicamente- de lo que ocurre en medio de los conflictos (Martín-Baró, 2000). En el relato de Mauricio y Héctor queda clara esa impotencia de los sujetos ante un contexto amenazante. Héctor incluso lo dice con resentimiento hacia quienes protagonizaron el enfrentamiento:

...mis sueños pues me los habían tirado por un lado, yo era un niño y yo no tenía la culpa de lo que estaba pasando, ni sabía que era lo qué estaba pasando, no tenían porqué hacerle eso a uno también, si los adultos andan en su joda es su joda.

Héctor soñaba con ser arquitecto o abogado también le gustaba dibujar, esos sueños se los tiraron por un lado. Es curioso que utilice la formulación “a un lado”, no dice directamente que se los tiraron a la

basura, sino a un lado, como si el devenir de las acciones apartara los sueños al lado del camino, los sueños no están descartados del todo, simplemente son imposibles de echar a andar en el torrente de acontecimientos que llegó de improviso. Los sueños por tanto, pueden retornar pero marginalmente, cuando los acontecimientos lo permiten: como cuando Héctor, según relataría en otra parte de su historia de vida, enamoró a una guardia de prisión en EE.UU. haciéndole un retrato, dibujando.

Este desgarramiento del vínculo de Héctor, Mauricio y Katia con sus familias biológicas es tremendamente significativo, en dos sentidos. Primero, se debe decir que narrativamente estos desgarramientos anteceden a la unión de la pandilla, que constantemente es nombrada como una familia sustituta que surge para solucionar el sentimiento provocado por la separación y los problemas gestados en la familia biológica (Zúñiga, 2009). Así la pandilla cumple una función de relacionamiento primario en la vida de las personas; entra en la vida de las personas como una familia.

En segundo lugar, se debe considerar que el desgarramiento del que dan cuenta Katia, Mauricio y Héctor se suscita entre dos generaciones de salvadoreños/as: quienes vivieron la guerra civil como adultos y quienes la padecieron de niños/as. En el sentido generacional este es un dato significativo, pues uno de los efectos evidentes del conflicto armado fue la separación de padres y madres con sus hijos e hijas, las narraciones permiten ver cómo la generación de hijos e hijas procesó subjetivamente estos desgarramientos y generó diversidad de sentimientos: odio, resentimiento, venganza, tristeza, temor. Nótese que el desgarramiento además se corresponde con expulsiones físicas de los lugares que ocupaban estas personas cuando eran niñas/os: Katia fue expulsada de su casa, Héctor de su pueblo y luego de su país y Mauricio de su país. Estas expulsiones se corresponden con expulsiones del núcleo familiar, no solo salieron de sus países y sus casas sino también de sus familias. Existe una correspondencia entre la expulsión del lugar físico con la expulsión del vínculo primario, de una u otra forma la expulsión se hace una realidad.

Es importante hacer notar que este desgarramiento entre padres, madres, hijos e hijas tiene ecos en las vidas de los tres entrevistados. Una parte muy importante de la narración de Katia en su adultez estuvo

dedicada a contar la dolorosa muerte del padre de sus hijas, asesinado en un centro penal en una riña entre pandillas y reos comunes.

Esta circunstancia la hace revivir la muerte de su padrastro en condiciones muy parecidas. Ella está conciente de que la relación entre las muertes la acerca a su madre y este acercamiento subjetivo queda clarificado en una aparente confusión en lo narrado, cuando Katia contaba de la reaparición de su papá biológico en la casa de su mamá me dice:

Como en el 99 no... te miento como en el 90, en el 90 llegó el hijo de mi mamá, te había contado que yo a mi papá lo conocí hasta los 8 años, eso fue en el 98 no... en el 88, lo conocí porque él me llegó a buscar allí a la casa y no me pareció nada como papá, una persona muy repugnante.

Esta circularidad no es gratuita, Katia en su narración adelanta y retrocede entre finales de los años 80 y finales de los años 90. Según el relato estas fechas coinciden, la primera con la llegada de su papá a la casa y la segunda con el asesinato de su compañero en prisión. La aparente confusión revela entonces un círculo que se crea entre la figura del papá y la del compañero, que se confirma a su vez con la cercanía que existe entre la madre y Katia. En otro momento de la entrevista, cuando Katia habla de la historia de su madre y hace explícito este vínculo gestado a partir del dolor de perder a su compañero:

...te digo cuando él [su padrastro] estaba afuera [de la cárcel] teníamos de todo, por arte de magia, de la noche a la mañana amuebló toda la casa, construye un buen espacio en la casa. Estábamos súper bien, teníamos toda la casa amueblada, entonces mi mamá dejó de trabajar porque él ya no quiso, y así pasamos. Yo estudiaba en un colegio que esta allí por mi casa un colegio muy sobresaliente aquí en El Salvador [...] el papá de mi hermana estaba preso [...] y la misma mafia lo mandó a matar, lo mandaron a matar, o sea, como te digo allí vas a ver cómo que se repite una historia de la vida entre mi mamá y yo. (Katia, énfasis del autor)

También en la narración de Mauricio se hace una reminiscencia del desgarramiento del vínculo primario cuando en la época de su adultez

me narra cómo la dinámica delictiva y los ingresos a la cárcel –producto de la intensificación de actividad de la pandilla– se corresponde con los embarazos de su compañera y el crecimiento de su primera hija. En sus palabras:

Pasó el tiempo ya mi hija al año [de haber nacido] nos dejábamos con mi novia, problemas siempre problemas, tuvimos problemas, la dejé, me fui donde mi mamá y allí estuve un rato, ya después me empecé a involucrar otra vez con el barrio [pandilla], ya a meterme más en problemas, ya después mi novia llamándome a la casa, yo nunca estaba por andar en la calle en vacil [fiesta, borrachera con los amigos]. Ya después mi mamá veía todo eso que es lo que yo hacía porque yo ya ni trabajaba [...] así fue pasando el tiempo, ya como a los meses regresé con ella otra vez, ya mi niña ya estaba grande, empecé otra vez a trabajar, a tener comunicación, pero siempre en lo mismo... Lo que a ella [la esposa] no le gustaba [es] que cuando yo iba me endrogaba, tomaba, eso es lo que a ella no le gustaba. [...] Los amigos como te digo, nosotros en el grupo, lo homeboys [pandilleros] y todo eso lo mismo pues, ya después regresé con ella y salió otra vez embarazada [...] (Mauricio).

Mauricio narra que a partir de que su novia quedó embarazada hubo un periodo en que no incurrió en dinámicas delictivas, hasta que irrumpieron las peleas de pareja. Cuando éstas ocurrían el iba directo a la pandilla (sustituía su familia biológica por la pandilla), esa dinámica profundizada a lo largo del tiempo es narrada paralelamente a sus ingresos a la cárcel, en cuanto más se peleaba con la compañera, más se acercaba a la pandilla y por tanto al consumo de drogas y la dinámica delictiva. Esta dinámica hizo que Mauricio entrara en la cárcel dos veces, la primera por un tiempo corto y la segunda que le costaría su deportación. El desgarré inicial del vínculo primario con su madre, se confirmó posteriormente en su adultez cuando tuvo que dejar sus dos hijas en Los Ángeles al ser deportado hacia El Salvador.

En el caso de Héctor la ruptura es tan radical que lo que existe es un profundo silencio. En algún momento de la entrevista narró que cuando salió huyendo de El Salvador había dejado a su compañera embarazada y que el hijo había nacido, pero esta relación no apareció en ningún otro momento de su narración.

El tema del desgarre de los vínculos primarios parece ser una constante en los relatos. Es por tanto un tema generacional que no se sufre únicamente en la niñez sino que al crecer retorna de diferentes maneras, la pandilla juega como contrapeso de la relación familiar, aunque las dinámicas cercanas a la pandilla (como el asesinato) hacen inminente la pérdida de los seres queridos. Uno puede interpretar esto como una generación que tiene los vínculos cortados tanto con los padres y madres como con sus propios hijos e hijas, es una generación que vive aislada del pasado y del futuro, o al menos, con su pasado y su futuro en entredicho.

Polarización de la identidad: dicotomías originarias

La literatura científica sobre pandillas, abunda en ejemplos sobre la identidad dicotómica y absoluta que asumen estos colectivos frente a otros de parecida tesitura (Alarcón, 2008; Cerbino, 2004; Cruz y Santacruz, 2001; Salazar, 2002; Savenije, 2009). No deja de llamar la atención, este odio visceral (hasta el extremo del asesinato) en contra de quien no se sabe más que el nombre de su pandilla o su clic (ni siquiera el personal). Al final de la segunda entrevista pregunté a Katia si en sus años de enfrentamiento no había pensado que en la otra pandilla había una muchacha como ella, con sus “mismos problemas” fueron mis palabras exactas, y Katia -una entrevistada que se caracterizó siempre por hacer un discurso amplio y meticuloso ante todos mis cuestionamientos- respondió de manera seca y tajante: “no, nunca me puse a pensar eso” y luego silencio. Percibí también esa separación tajante cuando, volvía a escuchar las entrevistas con Héctor y me percaté de su utilización de las palabras “oio” y “diesioio” deformadas, así como la feminización “chavalas” para mencionar a la pandilla contraria (la 18). Esta violencia en el lenguaje se corresponde con las acciones de extrema violencia contra los miembros de pandillas contrarias. La pregunta que surge analizando estas palabras y esta crudeza con la que se trata a los otros es: ¿cómo puede emerger un sentimiento de animadversión tan fuerte contra quien solo se sabe que pertenece a otra pandilla?

Las narraciones pueden aportar una respuesta interesante a este planteamiento. Cuando nos asomamos a la vivencia de la niñez de Katia, Mauricio y Héctor rápidamente descubrimos que esta polarización tiene antecedentes en polarizaciones anteriores, que dan sentido a la de la pandilla. Tal vez el caso más claro sea el de Katia, a quien el odio que sentía por su hermano la llevó a identificarse con las organizaciones contrarias a las que su hermano se unía, mientras fue niña y su hermano anduvo con pandilleros ella se identificó como una niña de casa, que rechazaba la unión a pandillas, pero a medida que el conflicto con su mamá se fue intensificando y que su hermano se unió a la Mara Salvatrucha ella tuvo una idea clara de que iba a militar con la Barrio 18 st. La dicotomía inicial no es por tanto con la pandilla contraria, sino un referente de su relación primaria, su hermano se constituye en un rival prototípico que es simbolizado luego en la pandilla contraria. Katia lo narró de manera muy clara al final de la segunda entrevista:

[¿qué es lo que te hacía sentirte diferente de la gente de la MS?] bueno, no te conté, al principio lo hice porque el hijo de mi mamá se había hecho de esa pandilla, **entonces como lo odiaba a él, odiaba a los otros también**, pero ya después cuando me hice de la 18 ya era en mi familia, ya en los que me cuidaban, ya eran los que me protegían, los que me daban el afecto que mi familia ya no me daba, entonces ya era diferente pues, porque los otros atacaban a mi hermano, a mis hermanitos, yo tenía que defender a mi familia también y eso es lo que me hacía diferente. (Katia, énfasis del autor).

Nótese que es bastante clara la sustitución de lo que se podría llamar el “hermano odiado” por los “hermanos amados” que tiene correspondencia con la sustitución de la familia biológica con la familia de la pandilla.

En el caso de Mauricio en la narración acerca de su ingreso a la pandilla hay un claro contraste entre su mamá que no le prestaba la atención que él quería-necesitaba y su acercamiento progresivo a las pandillas, primero de sus primos y posteriormente la suya propia. Un reclamo recurrente en la narración de Mauricio es que el hecho de que su mamá estuviese trabajando (“ella siempre trabajando”) no le dejaba tiempo para asumir el cuidado de él; esto evidentemente se agrava en el

momento posterior al asesinato de su hermana en el cual se hace sentir una profunda fragilidad que se expresa ya como confrontaciones con otros niños (que le ganaron el calificativo de “alumno problemático”).

Y así fue pasando el tiempo, ya cuando tenía, ya estaba más grande, ya tenía varios amigos donde vivíamos en la zona, y ya mi mamá como siempre ella trabajando verdad, ella trabajando, dos trabajos tenía, de unos salía, se iba para el otro y nosotros la íbamos viendo casi a media noche que llegaba de trabajar, nunca tuvimos una relación cercana y comunicación, y yo cuando le contaba mis problemas no más mi mamá se enojaba verdad, cuando tenía problemas en la escuela, entonces después empecé a tener problemas en la escuela. No hacía mis trabajos, nada, no estudiaba. Le llamaban a mi mamá, que mire, problemático no hace esto, no hace caso, después mi mamá lo que hizo, lo que hacía en lugar de aconsejarme ella me pegaba, me regañaba.

[...][Después de ingresar a la pandilla] ya no pasaba en la casa, siempre afuera de la casa con mis amigos de la pandilla.[...] Al tiempo me empecé a hacerme tatuajes, a vestirme ya diferente, pero ya después mi mamá poco a poco se fue dando cuenta por los amigos que me iban a visitar a la casa o porque yo estaba en veces afuera. Ella me veía, ella ya sospechaba [...], pero nunca dije que sí, que me habían, y ella me preguntaba pero nunca le dije.(Mauricio).

Todo esto se puede interpretar como que la vinculación de Mauricio a la pandilla tiene que ver con una actitud de venganza ante esta ausencia de la mamá en momentos de fragilidad. Ello da sentido a la sustitución de las familias y a la vez sustento para enfrentamientos futuros.

El caso de Héctor es singular, porque la narración de su llegada a la pandilla se presenta como una disolución de las dicotomías que habían dominado su niñez desde que se enroló en la guerrilla y posteriormente en el ejército. Si bien su vida está marcada fuertemente por este peso institucional, a la llegada a Los Ángeles se encuentra con un grupo de salvadoreños que le pregunta si él es combatiente a lo que responde que sí, la posterior presentación de los nuevos compañeros intenta disolver las dicotomías para plantear una nueva, como queriendo decir que en EE.UU. no existen las dicotomías anteriores, existen otras:

... ya entré en asilo político en Estados Unidos, llegando allá me dijo mi hermana a los tres días:

-mirá que ahí está un parque a la vuelta para que no te aburras, aquí a la vuelta [de la casa]-

Cuando llegué [al parque] veo un vergo [much] de gente así pelo largo, sus pantalones Levi's, sus Vanz, sus camisas de Heavy Metal ¿me entiendes? Pelo largo y yo llegué pelón [con el cabello rapado] pues va, porque iba pelón de acá...

...toda mi familia estaba aquí [en El Salvador], solo [...] mi hermana es la única que estaba allá [en EE.UU.], después llegué yo, entonces llegué allá a ver los peludos y me dijeron:

-que onda vos pelón, que onda de dónde venís-

-de El Salvador- dije

-ah sos salvadoreño-

-simón [si]

-has estado allá

-simón

-qué has sido allá

-he sido combatiente

-de la guerrilla también

-Ah pues mira, aquel es guerrillero también, aquel es guerrillero, aquel es soldado, aquel es soldado, aquel es policía [...], mira nosotros men aquí somos la Mara Salvatrucha, y aquí estamos protegiendo contra todos los pelones de aquí, nosotros cuidándonos a nosotros, por el flujo de migrantes, [...] y les volamos verga [golpeamos] a esos majes [los mexicanos] y a los chinos también, porque se andan pasando de listos con la gente, andan golpeando a la gente [...]. (Héctor)

Es importante notar que esta sustitución, a diferencia de las anteriores es narrada en términos secundarios, no primarios. Esto puede deberse a la desaparición temprana de las figuras primarias de Héctor en la narración y a la aparición –también temprana– de instituciones secundarias (como la guerrilla y el ejército) que fungieron un papel socializador. En ese momento de su vida (según la narración, los 16 años) ya era un combatiente diestro y con experiencia. Por ello no tenía que aprender a enfrentarse a otro grupo, solo necesitaba que le mostraran cuál era el grupo que debía enfrentar y eso fue exactamente lo que hicieron los pandilleros esa tarde, de esta manera se encadenaron

los desgarramientos de la niñez con los de esta etapa de su vida.

El antecedente de la sustitución de los vínculos da para pensar que el enfrentamiento que escenifican los pandilleros día con día tiene un origen anterior a la pandilla, que hunde sus raíces en el periodo de la niñez, donde estas personas han sufrido heridas y desgarramientos profundos de sus vínculos primarios. Si aceptamos esta premisa se podría lanzar una hipótesis que permita entender la violencia desmesurada que se prodigan entre pandillas: la dicotomía absoluta entre pandillas se sustenta en vivencias y heridas de niñez, que estas organizaciones saben instrumentalizar por medio del conflicto y la agresión.

Según esta explicación la radicalización de la agresividad entre pandillas sería posible porque existen detrás de ellos vínculos primarios quebrantados de manera abrupta o paulatina que causan heridas subjetivas de una dimensión tal, que sirven como aliento para integrarse a las dinámicas delictivas y de eliminación del otro.

Con ello no quiero decir que las agresiones que ejercen los pandilleros entre ellos sean menos importantes. Por el contrario, las agresiones entre clicas o entre barrios lo que logran es azuzar estas heridas fundamentales que vuelven cíclicamente, una y otra vez de manera irreflexiva, como odio, como venganza; y hacen posible una identidad de enfrentamiento dicotómico, absoluto y constante. La repetición sin fin de un ciclo de agresiones que tiene como motor una especie de reserva de resentimiento que hace al otro a través de la propia herida. De tal suerte que la herida fundamental que está detrás de la violencia entre pandillas sería el desgarramiento del vínculo primario que ocurre en el escenario social, estructural, político. La pandilla entonces es una especie de caja de resonancia del malestar que la dinámica social engendró en la niñez de estas personas, que por un lado permite la generación de sentimientos de unión y solidaridad con el propio grupo (la familia de hermanos) y por otro posibilita la concreción de odios, resentimientos y venganzas. Lo que podría hablarnos de una institución social de motivación ambigua, como la mayoría de instituciones sociales.

Conclusiones

El análisis del periodo de la niñez en las historias de vida trae a flote varios elementos medulares para tomar en cuenta en la discusión sobre pandillas de América Latina. Tal vez el fundamental es el lugar categorial que ocupa la palabra “familia” en estos colectivos, tanto como espacio de creación de heridas físicas y psíquicas –familia biológica- como organización que “salva” de esta niñez herida –familia de hermanos-. Ello muestra que la categoría familia y el vínculo primario es de primer orden en el proceso de creación y el sentido de las pandillas. Dicho de otra forma, los testimonios dejan ver que las pandillas son esencialmente unidades de conformación primaria, no son consideradas como “escuelas” o “trabajos” sino como formas de organización familiar que ocupan un lugar fundamental en la estructuración de la subjetividad. Esta podría ser una de las claves de ingreso al mundo de las pandillas.

Otro elemento importante que sacan a la luz los testimonios de Katia, Mauricio y Héctor es la función del exilio en la subjetividad de los/as salvadoreños/as. Se dice comúnmente que El Salvador es un pueblo emigrante (PNUD, 2005), y tras esta afirmación existe toda una visión de los procesos sociales de este país cruzados siempre por la movilización –a menudo forzada- de grandes contingentes de trabajadores/as o militantes políticos que buscan oportunidades de empleo o seguridad personal. Pero más allá de este imaginario, las historias de vida muestran cuál es la dimensión subjetiva de esta migración que muy fácilmente se convierte en exilio, en las tres historias los sujetos han tenido que exiliarse, de su país, de sus casas, de sus familias; haciendo ver que el exilio, con todas las rupturas que ello provoca en la subjetividad, es la contraparte subjetiva del “pueblo emigrante”. En las tres historias, la dolorosa expulsión de la familia que contiene es narrada con desgarramiento y sentimientos como el odio o la incertidumbre. Ante la azarosa circunstancia del exilio y la familia expulsiva, la pandilla funciona como una forma de reorganización de la subjetividad que da nuevamente la contención perdida, esto es narrado así, a pesar de las evidentes amenazas a la vida que implica la cultura pandillera. Uno podría aventurarse a pensar que para los sujetos es mejor esa contención que ninguna.

Siguiendo esta reflexión se puede decir, que las historias de Katia, Héctor y Mauricio, dan indicios sólidos de que el “origen” de la violencia de las pandillas debe buscarse fuera de estos colectivos, en las heridas de niñez y las relaciones intergeneracionales que han vivido los/as pandilleros/as. La pandilla desde este punto de vista queda como una organización que rearticula conflictos anteriores y los “esconde” (o los muestra de manera invertida) en una ruidosa y laberíntica trama de venganzas, ataques y contra ataques que se dan entre uno y otro colectivo.

Ahora bien, ¿qué implica todo esto para la sociedad salvadoreña? Es evidente que existe una íntima relación entre la ruptura de los vínculos primarios y la circunstancia de la guerra civil, para Héctor la violencia contra su pueblo, para Mauricio el asesinato de su padrastro, para Katia el padrastro que era militar. De una u otra forma estas relaciones primarias rotas muestran que uno de los efectos más apabullantes de la guerra civil, como ya lo señalara Ignacio Martín-Baró (2000) sobre la vida de niños y niñas salvadoreños/as fue la ruptura y desestructuración de sus vínculos con sus personas más cercanas. Las historias además muestran a una generación que rompió los lazos con su pasado (sobre todo con sus padres), cosa que tendrá un efecto decisivo sobre la conformación de las pandillas como familias de hermanos. Si juntamos este dato con el de otras investigaciones que evidencian en la cultura de las pandillas la incapacidad de imaginar el futuro, de ver más allá del día a día (Cruz y Santaruz, 2001; Carranza, 2004), tenemos una generación que ha cortado los lazos tanto con su pasado como su futuro. Es una generación que vive en una especie de isla cultural, con un mar mediante que la separa del pasado y con el futuro.

Notas

¹ Esta visión de familia desestructurada que comparten los tres entrevistados es visible en prácticamente todos los testimonios de pandilleros/as que se han revisado. En ellos se alude a un pasado familiar donde padre o madre están ausentes del núcleo familiar y ello está directamente relacionado con un contexto de precarización económica donde la madre tiene empleos de baja remuneración o los progenitores (alguno o los dos) migran en busca de una mejora de sus condiciones de vida. A continuación se presentan algunos de estos recuerdos coincidentes. Entre los pandilleros de Ilobasco “José” recuerda: “Cuando era niño viví con mi mamá y mi padrastro. Mi papá se murió, lo mataron en la

guerra. Dos años tenía yo cuando lo mataron. Tengo dos hermanos, solo por mi mamá con otro hombre que es mi padrastro. A mi no me gusta recordarme de mi niñez...” (MOJE, 1999, p. 22), en tanto “Oscar” dice: “Mi mamá me dejó pequeño cuando se fue a EE.UU. Por eso he andado en la calle, por eso me integré a este grupo [la pandilla] porque me hacía falta el amor y la comprensión de la casa” (MOJE, 1999, p.24), “David” apunta: “Tengo cinco hermanos y soy el segundo hijo. Casi nada bueno llevo con migo de mi niñez. Mi papá murió envenenado y fue todo difícil cuando se murió; al menos yo no he estudiado por falta de dinero”... (MOJE, 1999, p. 27). Por su parte Johnny “Pipa” un pandillero hondureño afirma de su núcleo familiar: “Mi madre murió cuando yo tenía seis años, mi abuelo a los ocho años, mi abuela a los diez. Después de la muerte de mi madre yo sabía que la vida no iba a ser igual...” (Carranza y Castro, 2001, p. 325). En la investigación realizada por Cerbino en Ecuador (2004, pp. 56-57) se destaca la idea de que las familias de pandilleros/as “expulsan”, un testimonio de un pandillero que aparece en el texto es claro: “tenía problemas familiares y no salía y me creían niño”. Para el caso colombiano tenemos la historia de un pandillero llamado “Anibal” que comienza de la siguiente forma: “Mi papá peleó con mi mamá, nos dejó y se fue. Mi mamá andaba en sus cosas, la veíamos en las noches nada más. Le preguntaba por mi papá y no decía nada, apenas comentaba que era un sinvergüenza. Uno necesita el calor del padre. Vivía con mi abuela y la tía porque a los nueve años mi mamá decidió en a trabajar en Curazao, dijo que lo hacía por nosotros, para que tuviéramos casa y viviéramos bien” (Perea, 2007, p. 39) o el caso de “Salomé” que declara: Desde pequeña empecé a andar por ahí con pandillas, desde cuando tenía como nueve años. A los siete falleció mi papá. A mi mamá le tocó comenzar a trabajar en las casas de familia ganándose apenas como siete pesos. (Perea, 2007, p. 131). Uno de los niños entrevistado en el proyecto de Duschatzky y Corea (2005, p. 158) afirma: “Yo no quiero a mi papá porque una vez él estaba conversando con mi mamá y dijo que no era mi papá y mi mamá se largó a llorar y de ahí nunca más le di bola. Por eso le tengo bronca por esa razón”. Victor Vital un muchacho delincuente de barrio popular en el que se centra la indagación de Alarcón (2008, p. 40) tiene también una familia desestructurada: “Victor Vital casi no vivió con su padre. Lo conoció solo por los escándalos que de vez en cuando hacía en la puerta del rancho, acosando a Sabina [la madre del muchacho] y amenazándola de que la iba a matar”. Como veremos más adelante el dato de las familias desestructuradas es muy importante en el análisis de estas subjetividades porque coincide directamente con la idea de que las pandillas son un sustituto familiar a estos vínculos desgastados.

² La formulación del refrán popular “muerto el perro se acabó la rabia” tiene mucho sentido el contexto de la guerra civil en El Salvador. En un momento determinado de la lucha contrainsurgente las fuerzas represivas determinaron que, tanto en Guatemala como en El Salvador, antes de atacar a la guerrilla misma, era prioritario atacar a las poblaciones civiles que servían de apoyo logístico, emocional y estructural al movimiento guerrillero. “Matar al perro” hace alusión a esta política de exterminio de civiles que eran acusados de ser causantes directos de “la rabia”, es decir, el movimiento insurgente. Las masacres de civiles realizadas bajo esta política contrainsurgente fueron documentadas por las Comisiones de la Verdad en ambos países, así como en los testimonios sobre la guerra (López, 1992) y en los trabajos académicos realizados sobre este proceso (Bourgois, 2005; Tishler, 2005).

³ Testimonios como estos están muy presentes entre quienes vivieron el asedio de las poblaciones rurales y las masacres que el Ejército Salvadoreño con mayor intensidad durante los primeros años del conflicto armado interno, incluso estos escapes e internamientos en la montaña tenían un nombre específico: “guindas”. El testimonio de Carmen Abrego da cuenta de ello: “[...] en todita la zona por toditos lados ya no se podía vivir. La gente llegaba a sus casas –tal vez hoy había llegado-, volvían a llegar ellos [los militares] los sacaban, y así. Pasábamos días viviendo en el monte. Por ratitos llegaba a la casa. A veces llegaba uno a la casa y se la habían quemado, se quedaba sin casa, sin nada; le tocaba andar durmiendo debajo de los palos [...] Nosotros lo que hacíamos era que cuando había tiempito unos trabajaban la tierra; pero cuando nos tocaba ir a guindiar allí dejábamos todo eso; y si lográbamos cortar algo, esto lo comíamos” (Kelly et al, 1995, p. 22) (énfasis del original).

⁴ He aclarado en otros trabajos el concepto de vínculo primario que utilizo para estos análisis: “El relacionamiento primario en la socialización de las personas funge como articulador de los procesos de institucionalización que vendrán en una segunda etapa (o relacionamiento secundario). Las relaciones primarias introducen al sujeto en la sociedad, siendo institucionalizaciones que preparan el terreno para otros procesos de institucionalización. En el relacionamiento primario el sujeto adquiere conciencia de una realidad objetiva y subjetiva por separado y busca un equilibrio entre las dos que se manifiesta como encuentro con “lo otro”. Ese “otro” se presenta ante el sujeto como diversidad de subjetividades pero también como ley –u otro generalizado- y mediante el relacionamiento primario, el sujeto aprende las formas de mediación con esa subjetividad objetivada” (Zúñiga, 2009, p. 321).

Entrevistas

Entrevista a Héctor, San Salvador, 2 y 5 de febrero de 2008.

Entrevista a Katia, San Salvador, 22 y 23 de enero de 2007 y 12 de noviembre de 2008.

Entrevista a Mauricio, San Salvador, 8 de febrero de 2008 y 11 de noviembre de 2008.

Referencias

- Alarcón, C. (2008). *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros*. Buenos Aires: Norma.
- Bourgois, P. (2005). Más allá de la pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador. En Francisco Ferrándiz, y Carles Feixa, (eds). *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. (pp. 11-34). Barcelona: Anthrophos.

- Carranza, M y Castro, M. (2001). Las Maras en Honduras. En ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol. I), *Maras y Pandillas en Centroamérica* (pp. 218-333). Managua: UCA Publicaciones.
- Cerbino, M. (2004). *Pandillas juveniles. Cultura y conflicto de la calle*. Quito: Abya Yala/El Conejo.
- Cruz, J. M. (2005). Los factores asociados a las pandillas juveniles en Centroamérica. *Revista ECA*, (685-686), 1155-1182
- Cruz, J.M y Santacruz, M. (2001). Las Maras en El Salvador. En: ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol I), *Maras y Pandillas en Centroamérica* (pp. 15-108) Managua: UCA Publicaciones.
- Dunn, W. (2007). *The Gangs of Los Angeles*. Nueva York: iUniverse.
- Duschatzky S y Corea C. (2005). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Feixa, C. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Garland, S. (2009). *Gangs in garden city: how immigration, segregation, and youth violence are changing America`s suburbs*. Nueva York: Nation Books.
- Hinkelammert, F. (2007). “La reconstitución del pensamiento crítico.” En: www.pensamientocritico.info, consultada 23 de abril de 2008.
- Kelly, A., Ortiz, E., Domínguez, L y Navas, M. C. (1995). *¿Valió la pena?! Testimonios de salvadoreñas que vivieron la guerra*. San Salvador: Sombrero Azul.
- Lara, M. (2006). *Hoy te toca la muerte. El imperio de las Maras vistos desde dentro*. México: Planeta.
- López, J. I. (1992). *Las mil y una historias de Radio Venceremos*. San Salvador: UCA Editores.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra. En Margulis, M. (ed). *La juventud es más que una palabra*. (pp. 13-30). Buenos Aires: Biblios.
- Martín-Baró, I. (2000). Guerra y trauma psicosocial en el niño salvadoreño. En Martín-Baró, I. (ed) *Psicología social de la guerra*. (pp. 234-251). San Salvador: UCA Editores.
- Movimiento de Jóvenes Encuentristas -MOJE-.(1999). *Voces de Ilobasco. Jóvenes sedientos de amor*. San Salvador:

MOJE/OPC/ASDI.

- Moore, J. P. & Howell, J. C. (2010). History of street gangs in the United States. *National Gang Center Bulletin*, (4), 1-24.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD. (2005). *Informe de desarrollo humano 2005. Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las Migraciones*. San Salvador: PNUD- El Salvador.
- Perea, C. M. (2007). *Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder*. Mexico: Siglo XXI.
- Salazar, A. (2002). *No nacimos pa' semilla. La Cultura de las bandas juveniles de Medellín*. Bogotá: Planeta.
- Savenije W. (2009). *Maras y barras. Pandillas y violencia juvenil en los barrios marginales de Centroamérica*. San Salvador: FLACSO-El Salvador.
- Tishler, S. (2005). *Tiempo, memoria y sujeto*. Ciudad de Guatemala: FyG editores.
- Zúñiga, M. (2009). Las dos familias: sustitución de las relaciones primarias en relatos de vida de tres miembros de pandillas salvadoreñas. *Revista Digital de la Maestría en Ciencias Penales de la Universidad de Costa Rica*, (1). 307-356.
- Zúñiga, M. (2010). La emergencia reciente de estudios sobre pandillas en América Latina En: Alvarado, S. V. y Vommaro, P.A. (coomp). *Jóvenes cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. (pp. 205-230). Buenos Aires: CLACSO/ Homo Sapiens.

Mario Zúñiga Núñez es profesor de la Escuela de Antropología de la Universidad de Costa Rica.

Dirección de Contacto: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica - San José, Costa Rica. zn.mario@gmail.com